

El poema de Mio Cid



I

El destierro. El Cid en Burgos

1 Vivar es una antigua población ubicada a 10 km de Burgos. Según la costumbre de la época, junto al apellido de una persona, se nombraba la región de donde provenía.

2 Castilla es una meseta de la región central de la Península Ibérica. Desde el siglo IX se formó allí un condado independiente y, desde 1305, un reino, que junto con Aragón, dominó España.

3 La ciudad de Burgos fue fundada en el año 884. Fue la capital del reino de Castilla y León, desde 1073 hasta la toma de la ciudad de Granada, durante la guerra contra los árabes que ocupaban el territorio español.

4 Los pendones eran unas banderas, más largas que anchas, que usaban los ejércitos para distinguir los regimientos.

5 La corneja es un ave rapaz nocturna semejante al búho, pero más pequeña y de plumaje oscuro. Su aparición era considerada señal de mala suerte.



Rodrigo Díaz de Vivar¹ era un hombre fuerte, de barba oscura y limpia mirada. Lo llamaban Cid Campeador, algo así como “Señor de los campos de batalla”, pues había luchado para la corona de Castilla² en innumerables ocasiones, con gran valor y destreza.

Pero la fama siempre despierta envidia, y alguien cercano al rey Alfonso acusó a Rodrigo de traidor. El Rey terminó creyendo esas mentiras y envió al Cid una carta breve y severa que le ordenaba abandonar Castilla para siempre, en un plazo máximo de nueve días.

El Cid recibió la terrible condena con profundo asombro y dolor. Pero, para conservar la vida, no podía hacer más que obedecer.

Esa misma noche, pues, dejó listas sus cosas y, al día siguiente, muy temprano, montó su corcel y se volvió para mirar su casa por última vez.

Las puertas y ventanas quedaban abiertas, las perchas vacías. La quietud y el silencio ocupaban las habitaciones en las que ya nadie dormiría.

Con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, Rodrigo alzó la vista al cielo.

—¡Querido Señor! —exclamó—. Esto es obra de mis enemigos.

Después espoleó su caballo, soltó las riendas y se alejó al galope, camino de Burgos.³

El Cid Campeador no iba solo. Sesenta fieles vasallos lo seguían, con espadas y pendones.⁴ Todos conocían bien la guerra y los caminos, y habían jurado acompañar siempre a su señor, sin importar las circunstancias.

Cuando atravesaban los campos para salir de Vivar, una corneja⁵ cruzó volando frente a ellos por la derecha, y el

augurio⁶ hizo pensar al Cid que el futuro, después de todo, acaso no resultara tan funesto⁷. Pero apenas entraron a Burgos, se enturbió esa luz de esperanza.

Las calles estaban desiertas, y las puertas y ventanas de las casas, cerradas. En ninguna parte se veían hombres trabajando, ni mujeres, ni se oían niños cantar o jugar. Ni perros había durmiendo al sol.

Desconcertados, el Cid y sus hombres se dirigieron hacia una posada, donde pudieran comer algo y descansar. Llamaron a la puerta y aguardaron en silencio, pero nadie contestó. Volvieron a llamar, esta vez con más fuerza y dando voces. Nada.

El Cid Campeador, cuyo asombro se iba trocando en rabia, se acercó a la entrada sin desmontar del caballo, sacó una bota del estribo y pateó con fuerza el portón. Los goznes⁸ gimieron, pero la puerta no cedió.

Entonces una niña descalza llegó corriendo hacia ellos. Aunque no tenía más de nueve años, se abrió paso entre los altos caballos.

—¡Valeroso Cid Campeador! —exclamó la niña con voz al mismo tiempo tímida y valiente, cuando estuvo ante Rodrigo—. Todos queremos ayudarte, pero no nos atrevemos, porque anoche llegó una carta del Rey que decía que aquel que te auxilie perderá su casa y su hacienda,⁹ y hasta los ojos de la cara. Discúlpanos, buen Cid, y compréndenos, pues nuestro mal no te hará ganar nada. ¡Que Dios te proteja!

Y tras estas palabras, la niña se fue corriendo por donde había llegado, hasta que dobló una esquina y desapareció.

En efecto, los burgaleses, escondidos en sus casas, espían a los de Vivar con temor, detrás de visillos¹⁰ y postigos,¹¹ esperando que aquellos guerreros se marcharan de una vez.

Rodrigo permaneció un minuto quieto y sin hablar, y después enfiló su caballo hacia la iglesia de Burgos.

6 Se llama **augurio** al presagio, anuncio o indicio de algo futuro.

7 **Funesto** significa 'triste y desgraciado'.

8 Los **goznes** son las bisagras o herrajes articulados con que se fijan las hojas de las puertas y ventanas.

9 Se llama **hacienda** al conjunto de bienes y riquezas de una persona.

10 Los **visillos** son pequeñas cortinas que se colocan en la parte interior de los cristales para resguardarse del sol o impedir la vista desde fuera.

11 Se llama **postigo** a cada una de las pequeñas puertas que hay en las ventanas.

Los del Cid iban al paso por las vacías callejas del pueblo, y los burgaleses, desde la penumbra de sus casas, los observaban pasar.

Al llegar a Santa María, el Cid desmontó, y de rodillas rezó una oración. Luego dijo a sus hombres:

—Acamparemos junto al río, en el arenal.

Caía el sol cuando salieron de Burgos. Mientras levantaban las tiendas a orillas del río Arlanzón, los hombres del Cid se preguntaban con ansiedad por los víveres. Llevaban horas en ayunas, y nadie se había atrevido siquiera a venderles un pan, una fruta o una copa de vino.

En eso llegó un jinete con dos mulas a rastras. Era el guerrero burgalés Martín Antolínez. El Cid y sus vasallos lo conocían, pues había participado con ellos en más de un combate contra los moros.¹²

Las mulas que traía Antolínez cargaban sacos llenos de alimento y bebida. Al desmontar, el burgalés dijo a Rodrigo:

—¡Mío Cid Campeador! Aquí hay comida para tus hombres. Vengo a unirme a tus fuerzas y a marchar contigo al destierro, pues no puedo volver atrás. Pero tarde o temprano, obtendrás el perdón del Rey, estoy seguro. Y aunque eso no ocurra, nada me hará arrepentirme. Seguirte es un honor.

—¡Martín Antolínez, burgalés cumplido! Si sobrevivo, sin duda, sabré premiarte como corresponde, y no te faltarán riquezas —respondió el Cid—. Pero ahora no tengo nada y ni siquiera sé cómo compensar a estos hombres que me acompañan.

El Cid no había hecho a tiempo para reunir dinero antes de la súbita partida y no contaba siquiera con una moneda para pagar una ración de comida.

—Tengo una idea —dijo entonces Martín Antolínez.

Luego pidió a los hombres del Cid que llenaran dos arcas¹³ vacías con piedras y arena. Con eso, el burgalés volvió al pueblo y fue a ver a los judíos Raquel y Vidas. Estos eran prestamistas, un oficio, por lo general, desempeñado por

¹² Los moros son los árabes o musulmanes que vivieron en España desde el siglo VIII hasta el XV.

¹³ Un arca es una caja de madera con una tapa plana que se asegura con candados.

judíos, quienes tenían prohibido usar armas o realizar tareas manuales.

—El Cid Campeador necesita empeñar, por un año, estas arcas llenas de oro y plata —dijo Antolínez a los prestamistas—. A cambio, requiere seiscientos marcos. Cumplido el año, el Cid volverá para saldar su deuda y retirar sus arcas. Pero deben jurar que, entre tanto, las pondrán a buen resguardo y no las abrirán.

Raquel y Vidas consideraron la propuesta. Habían oído decir que el destierro del Cid se debía a que este, luego de cobrar en Sevilla¹⁴ el tributo¹⁵ al Rey, se había quedado con una parte del pago. Tal vez —pensaron—, aquellas pesadas arcas fueran parte del botín.¹⁶

Al fin estuvieron de acuerdo, cerraron trato, y el intercambio se realizó con la máxima discreción.

Martín Antolínez regresó con el dinero del engaño al campamento, y, aunque ya era noche cerrada, enseguida se dispusieron a partir, pues aún se hallaban en tierras de Alfonso, y el plazo del Rey estaba pronto a expirar.

Pero antes de dejar Castilla, el Cid quería despedirse de su esposa y de sus hijas, refugiadas en el monasterio¹⁷ de San Pedro de Cardena,¹⁸ a pocas leguas¹⁹ de allí.

II

La despedida. El Cid en Cardena



Estaba poco para el alba. don Sancho, el abad²⁰ del convento de San Pedro, estaba ante el altar, con las velas encendidas, rezando los maitines.²¹ Oraba también doña Jimena, la bella esposa del Cid, que rogaba por la suerte y la salud de su marido. Cuando el cielo empezó a clarear y el canto de un gallo anunció el comienzo del día, sonaron tres golpes en las altas puertas del convento.

¹⁴ Sevilla es una antigua ciudad española de la región de Andalucía, junto al río Guadalquivir. Conquistada por los musulmanes hacia el año 711, se convirtió, en los siglos siguientes, en una de las urbes de mayor importancia en el Occidente europeo.

¹⁵ Se denomina tributo a cierta cantidad de dinero entregada a quien gobierna, para los gastos públicos.

¹⁶ El botín es el conjunto de armas y objetos de valor de un ejército vencido y del cual se apodera el vencedor.

¹⁷ Un monasterio es una casa o convento donde los monjes viven en comunidad.

¹⁸ Cardena es una localidad de la región española de Andalucía.

¹⁹ Una legua es una medida variable, equivalente a la distancia recorrida a pie en una hora.

²⁰ Se llama abad al monje que está al frente de un monasterio o abadía.

²¹ Se llamaba maitines a la primera oración que se realiza por las mañanas.

Minutos después, un monaguillo comunicó al abad:
—Don Sancho, afuera está el Cid Campeador en persona.

Don Sancho acudió a recibir a Rodrigo y, tras un cordial saludo, se sentaron en la sacristía²² a conversar.

—Te agradezco la hospitalidad que brindas a mi mujer y a mis hijas, buen abad —dijo el Cid—. Cuando yo parta, cuida que nada les falte. Dales lo que te pidan, pues en verdad no sé si podré volver a verlas.

—Claro que podrás —dijo el abad.

El Cid le tendió a don Sancho una bolsa con monedas.

—Aquí tienes ciento cincuenta marcos. Úsalos como creas conveniente.

—Así se hará, mío Cid —dijo don Sancho.

Enseguida llegó doña Jimena. Dos damas de compañía la seguían, con las pequeñas hijas de Rodrigo en brazos, aún dormidas.

El Cid abrazó y besó a su mujer, y acarició a sus niñas, con los ojos empañados por la emoción.

Fuera del convento, mientras tanto, los hombres del Cid veían a otros hombres a caballo bajar desde las sierras. Eran lugareños que habían oído la noticia del destierro de Ruy Díaz de Vivar y acudían a unirse a la mesnada.²³ Dejaban sus casas y familias en pos de la aventura, del honor y de las posibles recompensas.

Al compás de las campanas del convento, que ya comenzaban a tañer, iban llegando aquellos hombres para ponerse a las órdenes del Cid Campeador.

Este, enterado de lo que ocurría, salió del monasterio a recibirlos.

Uno a uno, aquellos hombres se presentaron ante él y, como era costumbre, le besaron la mano en señal de vasallaje.

Contento, esperanzado, agradecido, el Cid les dijo:

—Sé que dejan sus casas y heredades²⁴ para unirse a mí, y por ello ruego a Dios poder recompensarlos algún día, y devolverles el doble de lo que hoy pierden.

²² En una iglesia, la **sacristía** es el lugar donde se visten los sacerdotes para celebrar la misa.

²³ La **mesnada** era una compañía de gente de armas que antiguamente servía bajo el mando del rey o de un caballero principal.

²⁴ Se llamaba **heredad** a la porción de terreno cultivado perteneciente a un mismo dueño, y que su familia va a heredar.



Después, Rodrigo reunió a sus caballeros: su primo hermano Minaya Álvar Fáñez, el burgalés Martín Antolínez, y el valiente joven Pedro Bermúdez, su sobrino.

—De los nueve días de plazo que me dio el Rey —les dijo—, solo restan tres. Aún tenemos un buen trecho por andar hasta salir de Castilla. Partiremos mañana temprano, después de la misa de la Santa Trinidad.

Así se hizo. Al día siguiente, con el canto del primer gallo, ya estaban listos hombres y corceles,²⁵ que ahora sumaban mucho más de cien.

Entonces las campanas llamaron a misa, y el Cid acudió a la iglesia junto a su mujer.

Apenas entraron, doña Jimena se dirigió al altar, se arrodilló sobre las gradas y comenzó a rezar una larga y conmovedora oración por su marido.

—... y pido a San Pedro que me ayude a rogar, para que Dios cuide al Cid Campeador de todo mal. Y que, así como hoy nos separamos, un día nos volvamos a juntar...

Terminada la misa, todos salieron del convento y los del Cid montaron sus caballos, listos para partir. Pero él se demoró todavía unos minutos en un largo abrazo con doña Jimena y sus niñas.

Madre e hijas tenían las mejillas húmedas de llanto, y el Cid sentía muy apretado el corazón. Sus ojos también se llenaron de lágrimas.

Álvar Fáñez lo notó, se acercó a su señor y le habló así:

—Buen Cid, el plazo está pronto a vencer. Vamos ya, que todos tus dolores de hoy mañana serán alegrías.

Y luego, dirigiéndose a don Sancho, dijo Álvar Fáñez:

—Si llegan más hombres para unirse a la mesnada, díles que sigan nuestro rastro. Ya nos alcanzarán cuando paremos a descansar.

Rodrigo echó entonces una mirada de amor a su esposa y a las niñas y, sobreponiéndose a la pena, soltó las riendas y espoleó su caballo en dirección a Espinosa del Can.²⁶

El corcel salió al galope, y el aire fresco y vigoroso de la

²⁵ Un corcel era un caballo ligero, de mucha alzada, que servía para los torneos y batallas.

²⁶ Según el estudioso y especialista Ramón Menéndez Pidal, el Cantar de Mio Cid ofrece numerosas menciones a lugares geográficos y hechos históricos de gran exactitud. Todos los lugares mencionados han llegado a identificarse, aunque algunos ya han desaparecido como Espinosa del Can o Alcoevo o cambiado de nombre como Corpes y Tévar.

mañana le dio al Cid de lleno en la cara. Y así, sus lágrimas se fueron secando, y se renovaron sus energías.

A lo largo del día, atravesaron campos y mesetas, y con la caída del sol llegaron finalmente a la ciudad de Espinosa del Can. Allí, a diferencia de Burgos, fueron bien recibidos, y se quedaron a pasar la noche.

Al amanecer, descubrieron con alegría que nuevos hombres se habían unido a sus tropas.

En otra jornada de marcha incesante, cruzaron San Esteban y Alcubilla, vadearon²⁷ el río Duero, y en un lugar llamado Finguerela se detuvieron a acampar.

Era ya la última noche en los dominios del rey Alfonso. De allí en adelante, cruzaban a tierra mora, tal vez para nunca regresar.

Cerca de la medianoche, Rodrigo entró a su tienda y se recostó.

Aunque no sentía sueño, pues la incertidumbre siempre provoca desvelo, el cansancio acumulado pudo más. con lentitud, sus músculos se aflojaron y el Cid se hundió en un sueño plácido y reparador. Y en lo profundo de ese sueño, una hora antes del alba, se le apareció a Rodrigo la figura del arcángel San Gabriel, que le dijo estas palabras:

—Cabalga y no mires atrás, buen Cid Campeador, pues vas con la suerte a tu lado y, mientras vivas, estarás protegido.

III

Fuera de Castilla.

El Cid en Castejón de Henares



Al amanecer levantaron campamento y el Cid hizo un nuevo recuento de sus hombres. Con grato asombro, descubrió que ahora eran cerca de trescientos guerreros los que marchaban con él al destierro.

Viajaron hacia el sur durante todo el día, y ya era de noche otra vez cuando cruzaron la gran Sierra de Miedes, a través de angostos desfiladeros y peligrosos pasajes de roca, apenas iluminados por la luna.

Después de sortear esas cumbres ventosas, el reino de Alfonso quedó definitivamente atrás. Rodrigo Díaz de Vivar y los suyos estaban en tierra mora.

Al pie de la sierra, el pequeño ejército del Cid halló un bosque propicio donde ocultarse, levantar tiendas, comer algo y descansar.

Allí, mientras los caballos pastaban bajo los árboles oscuros y la mayoría de los hombres dormía, el Cid Campeador y Minaya Álvar Fáñez discutieron los pasos a seguir.

Minaya propuso entrar y tomar la primera ciudad musulmana que había en el camino: Castejón de Henares.

El Cid estuvo de acuerdo, y juntos diseñaron el mapa y el plan.

Álvar Fáñez iría a la vanguardia con doscientos hombres, y entraría a Castejón asolando, antes, los pueblos de la cuenca del Henares: Hita, Guadalajara y Alcalá. Mientras tanto, el Cid, con los cien hombres restantes, tomaría Castejón de Henares por la retaguardia.

Los preparativos para la batalla consumieron lo que quedaba de la noche, y al alba se dividieron las tropas.

Minaya Álvar Fáñez partió enseguida con sus hombres, mientras que el Cid Campeador y los suyos avanzaron con cautela hacia Castejón y, apostados en un bosquecillo, estudiaron el lugar a la distancia.

Amanecía, y las puertas de la ciudad estaban abiertas de par en par. Los lugareños, en su mayoría labradores, iban como todos los días a cumplir sus tareas, desprevenidos. El asalto, pues, no presentaba muchas complicaciones.

A una señal del Cid, los cristianos empuñaron sus lanzas y galoparon decididos hacia las puertas de Castejón.

Iban levantando polvareda y dando muerte a los moros que se cruzaban en su camino. Pero, en verdad, casi no encontraron oposición, pues los pobladores huían del inesperado ataque, y dejaban desamparada y en manos de los cristianos la ciudad, sus casas y bienes.

Minaya Álvar Fáñez, entre tanto, se dirigía hacia allí por el otro lado.

Como un terrible huracán, había assolado los pueblos de la cuenca y volvía con un abultado botín de vacas y ovejas, ropas, oro, armas y demás riquezas.

Poco más tarde, cuando estuvieron reunidos, tras el recuento de lo que ambos bandos habían obtenido, el Cid le ofreció a Minaya el quinto de todo el botín. Así se repartían las riquezas obtenidas en la guerra: un quinto del total era para el jefe, y el resto se distribuía entre caballeros y peones.

Pero Minaya, agradecido, rechazó la generosa oferta del Cid.

—Hasta que no me canse de luchar junto a ti contra los moros, no aceptaré ni una moneda —replicó—. Mientras tanto, que todo lo que hoy ganamos quede en tus manos.

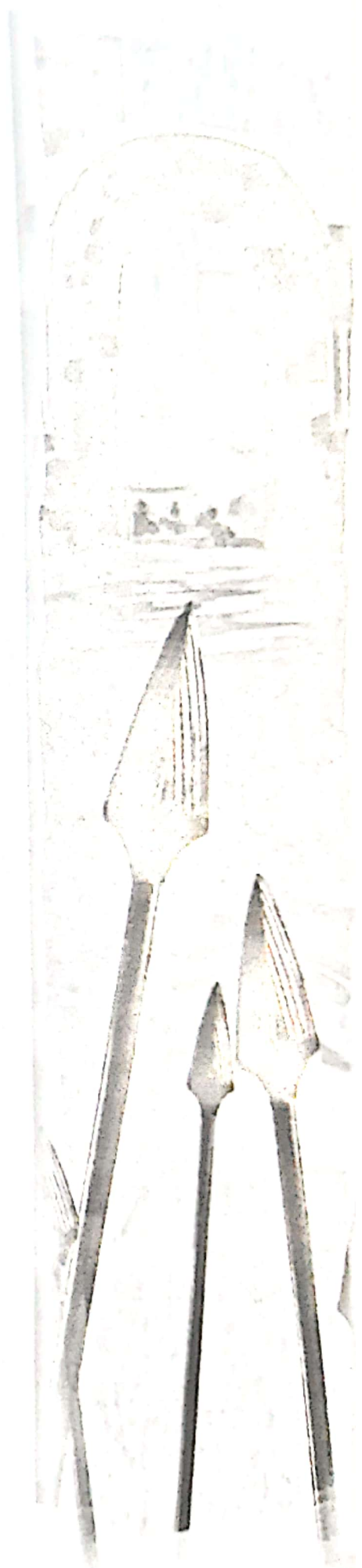
Rodrigo repartió entonces el botín entre los que formaban la mesnada, que de ese modo obtuvieron su primer recompensa por ser fieles al Cid.

Algunos días más tarde, confiados por aquel primer triunfo, los cristianos decidieron dejar Castejón. Avanzarían sobre el reino musulmán para tomar un castillo en verdad importante: Alcocer.

En el camino hacia allí, los del Cid entraron y saquearon nuevas villas y poblados, y aumentaron así su provisión de armas, caballos, alimentos y riquezas.

De ese modo, pasaron Alcarriás, las Cuevas de Anguita, Ariza, Cetina, Alhama y la Hoz.

Para tomar Alcocer, acamparon en las cercanías de la ciudad, a orillas del río Jalón. Alrededor de las tiendas, el Cid mandó cavar una zanja ancha y profunda, de



modo que no los tomaran por sorpresa si alguien decidía atacarlos.

Instalados allí, Rodrigo y sus caballeros se dieron algunos días para estudiar la mejor manera de ocupar el castillo, pues este estaba muy bien protegido. De lanzarse al ataque sin ninguna estrategia, era casi seguro que saldrían derrotados.

Después de algunas cavilaciones, el Cid ideó un plan y puso al tanto a sus hombres.

Una mañana, temprano, hicieron ver a los moros que se marchaban.

Apenas salió el sol, levantaron el campamento, cargaron las mulas, montaron los caballos y emprendieron el lento retorno por donde habían llegado.

Los centinelas moros, atentos desde las torres del alcázar a los movimientos de los cristianos, comunicaron enseguida la noticia a sus jefes.

—Se marchan, pues están cansados y hambrientos—se dijeron los musulmanes—. Si los asaltamos ahora, llevamos las de ganar. Podremos hacernos de sus riquezas y terminar con sus andanzas por nuestras tierras.

Así diciendo, pronto tomaron las armas, marcharon fuera de la ciudad, tras el enemigo, y dejaron muy desprotegido Alcocer.

Eso era, precisamente, lo que Rodrigo esperaba.

Los cristianos oyeron a sus espaldas el galope de los caballos enemigos, que hacía temblar la tierra, pero tenían órdenes de continuar su marcha sin mirar atrás. Cuanto más se alejaran los moros del castillo, menos oportunidades tendrían de regresar.

Recién cuando los musulmanes estuvieron a un tiro de piedra de los cristianos, el Cid detuvo a sus tropas, dio media vuelta, alzó su espada y exclamó:

—¡Usen sus lanzas sin temor, caballeros! ¡La victoria es nuestra!

Y, luego de estas palabras, se arrojaron al combate.

La lucha fue sanguinaria. Al atardecer, un tendal de cadáveres —moros, casi todos— yacía en el campo de batalla, y los cristianos del Cid Campeador entraban en Alcocer.

Pedro Bermúdez, siempre encargado de custodiar la enseña, subió a los más alto del castillo y allí plantó la bandera.

IV

Ataque de los moros.
El Cid en Alcocer



ran tiempos de paz inestable; de intrigas, disputas y alianzas por el poder. Los reinos moros no obedecían a un único califa,²⁸ del mismo modo que los cristianos no se debían a un único rey. No eran infrecuentes las batallas de moros contra moros y cristianos contra cristianos, y aquellos que se imponían en la lucha tomaban el mando de las ciudades vencidas y cobraban tributo a sus pobladores.

A Tamín, Rey moro de Valencia,²⁹ le resultó inaceptable que un cristiano se hiciera de Alcocer y estuviera cobrando tributos sobre tierras que no le pertenecían. Para peor era un aventurero; un castellano desterrado y proscrito³⁰ por el Rey.

Por eso, convocó una mañana a sus emires³¹ Galve y Fariz, y les dijo:

—Quiero al Cid Campeador en mi presencia. Tráiganlo vivo.

Si Rodrigo Díaz de Vivar pretendía instalarse en aquellas tierras, debería someterse, antes, a su autoridad.

El ejército al mando de Galve y Fariz partió hacia Alcocer al día siguiente. Eran tres mil hombres a caballo, armados con lanza y espada, y con ansias de guerrear.

Fueron varias jornadas de marcha. Después de pasar la noche en la ciudad de Catalayud, finalmente arribaron a

²⁸ Califa es el título de los príncipes árabes que gobernaron en algunos territorios musulmanes.

²⁹ Valencia es una antigua ciudad española, fundada por los romanos. Estaba en manos de los musulmanes desde el siglo VII.

³⁰ Proscrito significa desterrado.

³¹ Se llamaba emires a los príncipes o caudillos árabes.

Alcozer. Allí levantaron un gran campamento e iniciaron un sitio implacable a la ciudad.

El acecho³² duró tres semanas. En ningún momento los musulmanes bajaban la guardia, y se turnaban día y noche, atentos a cualquier movimiento o señal.

Y, en la tercera semana, dieron un golpe decisivo: cortaron el suministro de agua del castillo. De ese modo, obligaban a los cristianos a salir y entregarse, o a pelear.

El Cid Campeador reunió entonces a su consejo de caballeros.

—Ya nos falta el agua —dijo—, y no pasará mucho más hasta que falte el pan. Los enemigos son muchos para enfrentarlos. Y, aunque quisiéramos, tampoco lograríamos escapar. Díganme, caballeros, qué piensan que deberíamos hacer.

Minaya Álvar Fáñez respondió con estas palabras:

—Llegamos hasta aquí desterrados de Castilla. Si no enfrentamos a los moros, nadie nos dará el pan. Nuestros hombres son bravos y ya suman más de seiscientos, buen Cid. Creo que debemos luchar. Dios nos ayudará.

El resto del consejo se mostró de acuerdo con las palabras de Minaya.

Al amanecer del día siguiente, los hombres el Cid estaban listos: seiscientos cristianos montados a caballo, con yelmo³³ y lorigas,³⁴ lanzas y espadas, bien dispuestos a pelear.

Rodrigo se puso al frente de la tropa y le dio esta breve instrucción:

—Al abrir las puertas saldremos todos. Solo dos peones quedarán guardando la entrada. Tú, Pedro Bermúdez, toma como siempre la enseña y protégela. No te adelantes hasta que no escuches mi orden.

Pedro Bermúdez besó la mano del Cid y tomó la enseña.

Al otro lado de los muros batían los tambores enemigos.

Entonces los castellanos abrieron las puertas, y el ejército musulmán, imponente, comenzó a avanzar. Era una

³² Estar al **acecho** significó observar a escondidas y con mucho cuidado.

³³ El **yelmo** es la parte de la armadura que resguardaba la cabeza y el rostro.

³⁴ La **loriga** es la parte de la armadura para la defensa del torso, hecha de pequeñas láminas de acero.

marea humana. Tres mil hombres con armaduras que brillaban al sol.

El ejército cristiano permaneció en su sitio.

—¡Nadie se mueva aún! —ordenó Rodrigo—. ¡Esperen mi orden!

Sin embargo su sobrino, el arrojado Pedro Bermúdez, no lo escuchó o no pudo aguantar y arremetió contra el enemigo llevando la enseña consigo.

—¡Detente, por caridad! —exclamó el Cid.

Pero el joven ya se abría paso a golpes de lanza entre las compactas filas contrarias. Llovían mandobles³⁵ sobre su yelmo y su escudo, que intentaban voltearlo y arrebatarse la enseña.

—¡Ayudémoslo! —gritó entonces el Cid Campeador.

Y así dio comienzo la batalla.

Los del Cid avanzaron por la fila que Pedro Bermúdez había abierto en el frente enemigo. Iban con el escudo ante el pecho y las lanzas en punta, y enseguida chocaron los metales y se trabaron en lucha los cuerpos. Aquí y allá caían hombres y caballos, se desgarraban las cotas de malla,³⁶ rodaban quebrados los yelmos y la sangre salpicaba las banderas. En esa confusión de golpes y gritos, unos invocaban a Mahoma³⁷ y otros a Santiago.³⁸

Y cuando el Cid, un poco después, se detuvo a mirar, vio que el ejército moro había perdido casi un tercio de sus hombres. Entonces buscó a su lugarteniente Minaya Álvar Fáñez y lo vio sin caballo, peleaba de pie y con la lanza partida, defendiendo su vida con la bravura de su espada.

El Cid cabalgó hacia él y, con un golpe certero y furioso, partió por la cintura a un general moro, arrojó su cuerpo a tierra y en el caballo libre hizo montar a Álvar Fáñez.

—¡Arriba, Minaya, que eres mi brazo derecho y hoy más que nunca necesito tu apoyo! —exclamó—. Los moros siguen firmes, pero estamos ganando. ¡Continuemos la lucha!

Apenas Minaya montó, el Cid fue directo a enfrentar al emir Fariz.

35 Los mandobles son grandes golpes que se dan sosteniendo el arma con ambas manos.

36 La cota de malla (también llamada loriga) era una protección metálica para el cuerpo formada por un tejido de anillas de hierro o acero.

37 Mahoma fue el profeta árabe fundador de la religión islámica cuyo libro sagrado es el Corán. Allí se establece que no hay otro dios que Alá. Nació en La Meca en 570 y murió en Medina en 632.

38 Santiago o Sant Yago es el nombre cristiano y español de uno de los apóstoles de Jesús, conocido como Santiago el Mayor. Su nombre era el grito de batalla de los cristianos durante la Reconquista del territorio en manos de los árabes.

El emir lo vio arremeter contra él y se defendió con su lanza, pero el Cid esquivó el golpe y contraatacó con la espada. Falló las dos primeras veces, pero a la tercera, la espada se hundió en la carne del moro, justo bajo la lorica, y Fariz huyó malherido del campo.

Mientras tanto, el burgalés Martín Antolínez se enfrentaba al emir Galve, el otro jefe musulmán. Antolínez, con un golpe afortunado y preciso, atravesó con su lanza el yelmo del emir y lo hirió en la cabeza. Los rubíes³⁹ que adornaban el yelmo del moro rodaron por tierra, y Galve, con el rostro bañado en sangre, también huyó como pudo del campo de batalla.

Al ver que sus jefes, heridos, dejaban la lucha, los moros que aún peleaban iniciaron la retirada.

—¡Que no quede ni uno!—gritaban los castellanos, enardecidos por el combate mientras los perseguían al galope.

Pero Fariz logró escapar y refugiarse en la ciudad de Terrer, y Galve, en Catalayud. Entonces los del Cid regresaron triunfantes a Alcocer y tomaron el extenso campamento que los moros habían abandonado tras el combate.

Allí recogieron numerosas riquezas y armas, y más de quinientos excelentes caballos.



Álvar Fáñez y Alfonso. El Cid en el Poyo de Monreal.



Después de enterrar y despedir a los compañeros caídos en la dura batalla, el Cid repartió el botín obtenido, según lo que a cada cual le tocaba.

Y tras apartar de su propio quinto treinta hermosos caballos, todos con sus sillas y bridas,⁴⁰ y con relucientes espadas colgadas de los arzones,⁴¹ Rodrigo llamó a Álvar Fáñez.



—Solo a ti, Minaya, puedo confiarte esta alta misión —le dijo—. Quiero que vuelvas a Castilla y hagas saber a todos del triunfo que obtuvimos hoy. Y al rey Alfonso quiero que le llesves como presente estos treinta caballos enjaezados y mi pedido de perdón.

El Cid también entregó a Álvar Fáñez una bota repleta de oro y plata, para que en el camino pagara mil misas en su nombre. Y le encargó que aquello que sobrara, lo entregara al abad don Sancho, en San Pedro de Cardena, para el sostén de doña Jimena y sus hijas.

—Así lo haré con gusto, mío Cid —respondió el fiel Minaya.

Al día siguiente se despidieron, y Rodrigo permaneció unos minutos viendo alejarse a Álvar Fáñez de retorno a las tierras de las que habían sido expulsados.

El destierro aún estaba vigente, por supuesto, y la misión de Álvar Fáñez era arriesgada. ¿Lo dejarían entrar a Castilla? ¿Le permitirían vivir? ¿Cómo recibiría el rey Alfonso aquel regalo?

El Cid sabía que, al condenarlo al destierro, Alfonso no solo se había dejado llevar por habladurías.

Años atrás, el Cid había peleado a las órdenes de Sancho, el hermano de Alfonso. Aunque hermanos, Sancho y Alfonso habían rivalizado y luchado entre sí por el dominio de todo el reino. Luego Sancho había muerto, y el Cid había jurado vasallaje⁴² a Alfonso. Pero, a pesar de las pruebas de lealtad que el Cid le había dado en los últimos años, a pesar de las tierras y riquezas que había conseguido para el Rey, tal vez Alfonso, en su corazón, guardara hacia él una antigua desconfianza o rencor, y ahora estaba poniéndolo a prueba.

El Cid se preguntó cuánto tiempo más pasaría hasta que Alfonso le revocara la pena, en caso de que algún día lo hiciera...

Pasaron algunas semanas tras la partida de Álvar Fáñez, y Rodrigo decidió moverse. No era un capricho ni una

42 Se llamaba vasallaje al vínculo de dependencia, fidelidad y respeto que una persona tenía respecto de otra.

cuestión estratégica, sino una necesidad, pues aquellas tierras ya no tenían más para ofrecerles. El Cid Campeador y sus hombres eran soldados. No sabían procurarse el sustento labrando la tierra, construyendo casas o cuidando animales. No conocían ningún otro oficio que no fuera guerrear. Por eso necesitaban moverse.

Antes de partir, Rodrigo llegó a un acuerdo con los moros que habitaban las ciudades vecinas de Ateca, Terrer y Catalayud. En esta última estaba el emir Fariz, ya repuesto de sus heridas de guerra y dispuesto a negociar.

Así fue que intercambiaron algunos mensajes, hasta llegar a un acuerdo, y Rodrigo vendió Alcocer a los moros por tres mil marcos de plata.

El Cid repartió ese botín entre su mesnada, y sus hombres se felicitaban a sí mismos por haber seguido a Rodrigo al destierro, pues nunca habían sido tan ricos en sus vidas como entonces.

Algunos días más tarde, tras marchar de Alcocer río abajo, los cristianos levantaron sus tiendas en el Poyo de Monreal.

Allí, como antes, hicieron pagar tributo a los pueblos cercanos al campamento: Daroca, Teruel y Cella la del Canal.


Y una mañana, después de tantos días, un centinela cristiano dio la voz: volvía Minaya Álvar Fáñez. No llegaba solo: lo seguían doscientos guerreros castellanos, con permiso del Rey.

Rodrigo corrió a abrazar a su amigo. Tras los saludos, Minaya relató en detalle lo que había visto y oído. Le habló al Cid de doña Jimena y sus hijas. Ellas estaban bien. Y le contó del rey Alfonso.

“Cuando me presenté ante él y le entregué los caballos —relató Minaya—, el Rey preguntó de dónde provenía tan magnífico regalo.

—Es un presente de mío Cid Campeador, que en buena hora ciñó la espada —le dije—. Él te envía, a través de mí, este presente, te besa los pies y las manos, y pide tu perdón.





“Y luego le relaté al Rey el combate contra los moros, la toma de Castejón de Henares y de Alcocer. Y aunque él se mostraba muy satisfecho con los regalos y tus triunfos sobre los musulmanes, me dijo:

—Unas semanas es poco tiempo para perdonar a un hombre que fue desterrado. Pero acepto sus presentes. Y a ti, Minaya, te restituyo tu casa y tus tierras. Y todos los hombres que quieran seguirte para continuar la conquista en tierras moras, son libres de hacerlo. En cuanto al Cid, aún no puedo decir nada.

“Así habló el Rey, y yo le agradecí los favores y emprendí el retorno, y en el camino se me unieron los doscientos hombres que ves, pues la fama de tus triunfos, mío Cid, ya circula por toda Castilla de boca en boca”.

Todo esto contó Álvar Fáñez. Y el Cid, aunque aún no había sido perdonado, se alegró al escuchar el relato.

Y unos días más tarde, agotados ya los recursos en el Poyo de Monreal, las mesnadas de Rodrigo volvieron a partir, ahora con dirección al puerto de Olocau. Desde allí, como ya era costumbre, asolaron algunas tierras cercanas: Huesa y Montalbán.

Por entonces, toda esa zona estaba bajo el dominio de un cristiano: Ramón Berenguer, Conde de Barcelona.

Don Ramón Berenguer se disgustó mucho con el arribo de las huestes del Cid a sus comarcas. De ningún modo estaba dispuesto a tolerar que un desterrado, sin sangre noble, ocupara terrenos que no le correspondían.

Pronto tomó cartas en el asunto y reunió un ejército de guerreros moros y cristianos para atacar al Cid. Lo obligaría a pagar tributo o a marcharse cuanto antes del puerto de Olocau.

Rodrigo prefería evitar el combate. Al oír la noticia, hizo llegar al Conde de Barcelona un recado de paz. Pero Ramón Berenguer no se echó atrás. Antes bien, exclamó:

—¡Ya sabrá ese desterrado a quién quiso robar!

IV

Batalla contra el Conde de Barcelona.
El Cid en Olocau.



El ejército de Ramón Berenguer marchó durante la noche hacia el valle donde acampaban las mesnadas de Ruy Díaz de Vivar.

Y al alba, en vísperas del combate, cuando las tropas del Conde comenzaron a descender la colina, el Cid se puso al frente de sus huestes para motivarlas a luchar.

—¡Empuñen sus mejores armas, caballeros! —los arengó—. Aquí viene el Conde de Barcelona, con moros y cristianos, a darnos batalla. Trae gente de sobra..., pero ¡mírenlos! Vienen en sillas coceras,⁴³ con las cinchas⁴⁴ flojas y sin botas. Nosotros somos menos, pero estamos mejor preparados. ¡Hagamos saber al Conde a quién vino a quitar las ganancias!

Antes de que el enemigo terminara de bajar la cuesta, el Cid lanzó su ataque.

Una vez más, se entreveraron y chocaron lanzas y pendones, hombres y caballos. Una vez más, tras dura batalla, las huestes del Cid Campeador resultaron triunfantes.

El propio Cid tomó prisionero al Conde y le arrebató la espada.

Tras el entierro de los caídos y el reparto de riquezas, se preparó un banquete para celebrar el triunfo. El propio Cid se acercó al jefe prisionero y le ofreció de comer y beber.

Pero Ramón Berenguer era un hombre orgulloso y altivo.

—Ni por todos los bienes de España me dignaría a probar un bocado —respondió con desprecio—. Antes perderé cuerpo y alma, porque gente tan mal calzada me venció en la batalla.

—Vamos —insistió el Cid—, come algo, bebe un trago.

La insistencia de aquel desterrado, sin una gota de sangre real en las venas, inflamaba aún más el orgullo del Conde.

⁴³ Las sillas coceras o sillas de montar utilizadas por las fuerzas catalanas eran de arzón alto, poco apropiadas para combatir.

⁴⁴ La cincha es un cinto de cuero que rodea el cuerpo del caballo. Antes del combate, era costumbre ajustar las cinchas.

—Come tú, Cid Campeador, y quédate tranquilo, que yo me dejaré morir sin más —anunció.

El Conde se mantuvo firme en su decisión, y su ayuno se extendió un par de días. Al tercero, el Cid le dijo:

—Conde, debes comer. Si lo haces, te dejaré en libertad. A ti y a dos hombres más. No me pidas que te devuelva lo que gané en la batalla, pues somos desterrados, y ese es el modo en que nos ganamos el pan. Pero si comes y bebes algo, recuperarás tu libertad.

El Conde escuchó las palabras del Cid con atención. El hambre suele cambiar a los hombres, y Ramón Berenguer no era una excepción.

—Supongo que el orgullo no vale más que la vida —respondió.

Entonces el Cid mandó traer un cuenco con agua y un plato de comida caliente.

El Conde se lavó las manos y, pronto, con cautela, empezó a comer. Pero a medida que masticaba, todo su ser se alegraba. El primer plato lo comió, y el segundo lo devoró. Y luego de haberse saciado por completo, le dijo al Cid Campeador:

—Desde el día en que fui conde, nunca comí con tantas ganas. No creo que pueda olvidar el sabor de este almuerzo. Ahora, Cid, estamos listos para partir, si es que me lo permites.

Les trajeron buenas y limpias vestiduras, y tres fuertes caballos, y el Cid despidió a Ramón Berenguer con estas palabras:

—Te agradezco lo que me has dejado, Conde. Y si algún día se te ocurre intentar recuperarlo, procura avisarme antes.

—Puedes estar tranquilo, mío Cid —respondió el Conde—. Lo que aquí te dejo no pienso volver a buscarlo.

Y tras estas palabras, Ramón Berenguer espoleó su caballo como nunca lo había hecho y se alejó de allí lo más aprisa que pudo.



Cada tanto volvía la cabeza, por temor a que el Cid se hubiera arrepentido y lo siguiera. Pero nadie lo seguía. Rodrigo Díaz de Vivar era un hombre que cumplía sus promesas.

VII
Nuevos triunfos.
El Cid en Valencia



asaron meses. El Cid Campeador dejó Olocau y marchó hacia el lado del mar. Su ejército se hizo más numeroso y también más rico, pues ya eran muchas las ciudades que le pagaban tributo.

Cuando el Cid ocupó el castillo de Muviedro, el ejército moro de Valencia marchó hasta allí, instaló un campamento y puso sitio al castillo.

—Estamos en sus tierras, bebiendo su vino y comiendo su pan —dijo Rodrigo—. Nos sitian con derecho. Pero esto no acabará sin guerra. Debemos conseguir más hombres. Su ejército es muy numeroso.

Minaya Álvar Fáñez mandó entonces llamar guerreros de otros pueblos y ciudades, que ahora eran vasallos del Cid y tenían la obligación de ayudarlos.

Pronto acudieron refuerzos desde Olocau, Jérica, Onda y Burriana.

Luego, el Cid y Álvar Fáñez, como siempre, diseñaron el plan de guerra. El grueso de las tropas quedaría al mando del Cid, que atacaría de frente, mientras Minaya, con un grupo de cien caballeros, caería sobre el enemigo por un flanco, en el momento oportuno.

Así se hizo. Y, a pesar de que los moros seguían superando en número a los cristianos, el plan funcionó.

Los del Cid pelearon con bravura hasta último momento y galoparon tras los moros que huían por el campo, cuando ya la lucha había terminado, para refugiarse en Valencia.



De ese modo obtuvieron los cristianos un nuevo triunfo y nuevas riquezas, y durante más de dos años permanecieron en la región, ganaron otros territorios, como Cebolla y Benicadell, y se adueñaron también de los campos vecinos a Valencia, que abastecían de alimento a la gran ciudad.

Privada de víveres y consumidas casi todas sus reservas, Valencia, una ciudad rica y poderosa, se veía ahora tristemente empobrecida.

Sin embargo, aún a costa del hambre, los valencianos resistían. Antes que someterse y pagar tributo a un cristiano, intentaron un último recurso: enviaron mensajeros a través del estrecho de Gibraltar,⁴⁵ para solicitar refuerzos al Rey musulmán de Marruecos,⁴⁶ con quien los unía un vínculo de sangre.

Pero la empresa fracasó, porque el Rey de Marruecos libraba en sus tierras su propia guerra, empleando a todos sus hombres, y no estaba en condiciones de ayudar.

Cuando el Cid oyó estas noticias, consideró que era el momento propicio para tomar Valencia.

Y sin embargo, aunque hambreada, la ciudad le seguía quedando grande a la mesnada del Cid. Así que, una vez más, Rodrigo convocó a sus vasallos de otras tierras y a todos los hombres de la España cristiana que se le quisieran unir.

El pregón⁴⁷ voló como el viento de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, y los hombres no tardaron en llegar de a decenas, pues los triunfos del Cid Campeador ya eran famosos, y las riquezas que sus guerreros obtenían tras el combate, también.

Una vez reunido el ejército, Minaya hizo un recuento: los guerreros sumaban más de tres mil.

Con ellos, el Cid comenzó un sitio implacable a la bella ciudad.

Nueve meses resistieron los de Valencia, y al décimo mes se rindieron. Así los cristianos entraron triunfantes, y en

⁴⁵ El estrecho de Gibraltar está situado en la costa mediterránea meridional de la Península Ibérica. Constituye la porción de territorio europeo más cercano al continente africano y pone en contacto al mar Mediterráneo con el Océano Atlántico.

⁴⁶ Marruecos es un país de África del Norte, que se encuentra separado de Europa por el estrecho de Gibraltar. A partir del siglo VII, se hallaba bajo dominio árabe.

⁴⁷ Un pregón es la publicación de algo en voz alta en sitios públicos porque se necesita que todos lo sepan.

lo más alto del alcázar,⁴⁸ clavaron su bandera, para que se viera ondear desde lejos, incluso desde el mar.

Pero no duró mucho el festejo. Apenas el tiempo necesario para agrupar las tropas y disponerse de nuevo a luchar. Esta vez era el Rey de Sevilla quien buscaba acabar con Rodrigo.

La feroz batalla duró muchas horas y se extendió más allá de Valencia, hasta la ciudad de Játiva. Y aunque en la lucha murieron muchos cristianos, al final el triunfo fue para ellos, una vez más.

El rey de Sevilla escapó y el Cid se quedó con su caballo, un hermoso corcel llamado Babieca.

Después de tantas peleas ganadas, muchos decían que Dios protegía a Rodrigo Díaz de Vivar.

VIII

El perdón. El reencuentro



a repuesto de la batalla, el Cid se reunió a solas con Álvar Fáñez.

—Buen Minaya —le dijo—, quiero que viajes a Castilla una vez más, para ver al rey Alfonso y llevarle de mi parte un presente de cien caballos. No es perdón lo que pido, sino que me permita traer a Valencia a mi esposa y a mis hijas.

Álvar Fáñez aceptó con gusto el encargo de su señor y al día siguiente emprendió el viaje. Iba con una escolta de caballeros armados, pues debían atravesar unas cuantas ciudades moras, pero a lo largo del recorrido no halló enemigos. Su nombre, como el del Cid, ya era bien respetado y conocido en aquellas tierras.

Al llegar a Castilla, Minaya se enteró de que el rey había viajado a Carrión. Allí fue a buscarlo. Llegó con sus hombres a la ciudad justo cuando Alfonso salía de misa.

⁴⁸ Un alcázar es un recinto o edificio fortificado de gran altura.

Minaya desmontó y, tal como le había indicado el Cid, se arrodilló ante el Rey, le besó los pies y las manos y le dijo:

—¡Merced, señor Alfonso, por amor del Creador! Las manos y los pies, a través mío, te besa el Cid Campeador. A él echaste de tu tierra y retiraste el afecto. Pero aún en tierra extranjera, él cumple su deber. Ha conquistado ciudades, y aquí está la prueba de las ganancias que obtuvo. Estos veloces y fuertes caballos te los envía mío Cid, con sus sillas y frenos, para que los aceptes como obsequio, reconociéndose tu vasallo y teniéndote por señor.

Tras oír estas palabras, admirando los hermosos corceles, el rey alzó su mano derecha, se santiguó y dijo:

—¡Que San Isidoro⁴⁹ me valga! Me alegro mucho por estas ganancias, y acepto estos caballos como don.

Entre los caballeros del rey estaba presente el conde García Ordoñez. Este envidiaba al Cid, y había sido el principal instigador de su destierro.

Cuando notó el agrado del Rey ante los presentes del Rodrigo y las palabras de Minaya, dijo:

—Parece que en tierra mora el Cid no encontró mucha oposición, pues hace y deshace a su antojo.

Pero esta vez, el Rey no prestó atención a su cizaña, y le respondió:

—Guarda silencio, Conde. Después de todo, el Cid me sirve mejor que tú.

Minaya oyó la reprimenda con agrado, y enseguida transmitió al Rey el mensaje que le habían encomendado: permiso para sacar a doña Jimena y sus hijas del monasterio, y llevarlas a Valencia junto al Cid.

El Rey no sólo se mostró de acuerdo; también le ofreció a Minaya una escolta más grande, para que no corrieran riesgos en su retorno por tierras moras. Y después, elevando la voz, agregó:

—Escuchen todos lo que voy a decir. Desde hoy, no quiero que mío Cid Campeador pierda más nada. A quienes lo

⁴⁹ San Isidoro de Sevilla (560-636). Arzobispo español, teólogo e historiador cristiano reconocido como el hombre más sabio de su época.

siguen y lo llaman señor, les devuelvo las propiedades que antes les confisqué.⁵⁰ Y a aquellos que quieran marchar a servirlo, les doy mi venia⁵¹ para que lo hagan, con la gracia del Creador.

Minaya no pudo reprimir una sonrisa de contento. Besó las manos del Rey y se encaminó sin demora a reunirse de nuevo con su señor, llevando los tesoros más grandes que el Cid pudiera esperar: su esposa, sus hijas y el perdón del Rey.

La noticia viajó antes que él, y cuando llegó a oídos del Cid en Valencia, este sintió una felicidad tal como hacía años no experimentaba.

Para recibir a su esposa, hizo montar tablados en las puertas de la ciudad. Eran réplicas de castillos, hechas en madera, para que los guerreros exhibieran su destreza en las armas.

El día del reencuentro, el Cid eligió ropas de seda y se hizo recortar la frondosa barba que, desde su destierro, en señal de duelo, se había dejado crecer sin arrancar ni un pelo.

Después tomó una lanza, un escudo y fue a elegir un caballo. Aunque aún no sabía si era manso o arisco,⁵² se decidió por el hermoso Babieca.

En las puertas de la ciudad ya estaban listos los tablados.

Cuando doña Jimena y Minaya, seguidos por la escolta, llegaron hasta allí, se detuvieron con alegría a contemplar el espectáculo.

Entonces el Cid soltó riendas, espoleó a Babieca, y con la lanza bien alta y sus hombres detrás, fue derribando castillos, simulando una batalla.

Al terminar, desmontó y corrió a abrazar a Jimena y las niñas, y los cuatro rompieron a llorar, pero esta vez de alegría.

Y así, tomados del brazo, se dirigieron a la ciudad.

—Doña Jimena, hijas mías—dijo el Cid—, entren conmigo a la hermosa Valencia, que he ganado para ustedes.

Recorrieron las calles escoltados por las mesnadas y, ya

⁵⁰ Confiscar es castigar a alguien privándolo de sus bienes que pasan a ser administrados por la autoridad o el Estado.

⁵¹ Dar la venia es una expresión que significa 'otorgar el permiso pedido para ejecutar algo'.

⁵² Arisco es un animal áspero o intratable.

en el alcázar, subieron las escaleras hasta arriba de todo.

Doña Jimena y las niñas, embelesadas, no se cansaban de mirar. Abajo estaba la ciudad; un poco más allá, el campo y las coloridas huertas; y al final, el bravo y extenso mar. La tibia brisa de primavera iba y venía, portando el perfume de las flores.

Entonces los cuatro alzaron los brazos al cielo, para agradecer a Dios por aquellas riquezas y por haberlos vuelto a juntar.

